

OLIVER MARCHART, *Thinking Antagonism. Political Ontology after Laclau*, Edinburgh University Press, 2018, 258 pp. ISBN: 978-1-4744-1333-6.

Las obras de Ernesto Laclau se han caracterizado, principalmente, por su forma genealógica. Conforme a ello, podemos observar que en su obra publicada con Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, se propone llevar a cabo una genealogía del concepto de “hegemonía”, con la intención de mostrar que

El concepto de hegemonía no surgió para definir un nuevo tipo de relación en su identidad específica, sino para llenar un hiato que se había abierto en la cadena de la necesidad histórica. La “hegemonía” alude a una totalidad ausente y a los diversos intentos de recomposición y rearticulación que, superando esta ausencia originaria, periten dar sentido a las luchas y dotar a las fuerzas históricas de una positividad plena. (Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo, XXI, 1987, p. 31).

Así pues, mediante la genealogía del término, Laclau busca dar cuenta de ese “hiato que se había abierto en la cadena de la necesidad histórica” y que los posteriores estudios sobre el término habían olvidado. En *La razón populista*, publicada treinta años después de *Hegemonía y estrategia socialista*, el autor argentino también opta por la genealogía a la hora de acercarse a las intuiciones fundamentales que dieron lugar a una cierta desconfianza hacia el populismo, con la intención de mostrar que sólo se puede entender el populismo si entendemos que “su rechazo ha formado parte de una construcción discursiva de cierta normalidad, de un universo político ascético de cual debía excluirse su peligrosa lógica” (E. Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 34).

Como puede verse, el pensamiento de Laclau se ha estructurado en una forma genealógica fuertemente influida por Nietzsche y Foucault. No obstante, en el prefacio de su obra póstuma, publicada en 2014, *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, el autor argentino Ernesto Laclau anunciaba su intención de presentar en un futuro próximo una obra que, por primera vez, resumiera y expusiera de manera sistemática su propia filosofía política. Desgraciadamente, su repentino fallecimiento le impidió desarrollar tal proyecto.

En *Thinking Antagonism. Political Ontology after Laclau*, Oliver Marchart —autor de *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau* y editor, junto con Simon Critchley, de *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*—, uno de los más conocidos intérpretes del pensamiento de Laclau se propone

llevar a cabo el proyecto que el mismo Laclau no pudo finalizar, esbozando de esta manera lo que sería la ontología política laclauniana.

El punto de partida de Marchart es el ya esbozado en su obra *El pensamiento político posfundacional*, en el que interpreta a algunos de los más importantes filósofos políticos del postestructuralismo con el objetivo de dar cuenta de la fuerte presencia de postulados heideggerianos en sus obras. De esta manera, Laclau es interpretado como un “heideggeriano de izquierdas”, en cuyo pensamiento se esbozaría una adaptación política de la diferencia ontológica heideggeriana. La diferencia política, que separa entre el ámbito ontológico de lo político, constituido por el antagonismo —que en Marchart es uno de los conceptos a través de los cuales entender el Ser (*das Sein*)—, y el ámbito óntico de lo social, pasa a ser unos de los elementos más importantes —sino el más importante— a la hora de comprender al autor argentino.

Por supuesto, la interpretación de Marchart convierte a Laclau en un autor posfundacionalista, que hace suya las tesis heideggerianas sobre el fundamento y su imbricación con el abismo, de tal forma que podría resumirse el pensamiento de Laclau como un pensamiento que defiende la necesaria existencia de algún fundamento de lo político-social, al mismo tiempo que niega que exista un fundamento concreto de manera necesaria. Esto es, Marchart, en su interpretación de Laclau, introduce la idea de los “fundamentos contingentes”, ya defendida por Judith Butler, con el propósito de hacer referencia a la necesaria contingencia de lo humano.

Conforme a todo esto, el autor aquí reseñado parte de Reiner Schürman, quien, en su obra *El principio de anarquía. Heidegger y la cuestión del actuar*, defiende que Heidegger, al distanciarse de la tradición metafísica, hace del fundamento una experiencia basada en la praxis. En otros términos, la interpretación anárquica de Heidegger esbozada por Schürman defiende que la *Proposición del fundamento* heideggeriana nos ofrece un concepto de “fundamento” que ya no se entiende como una base sólida, un primer principio, sobre la cual uno debe construir su propio pensamiento, sino como la misma experiencia de fundamentar. De esta manera, el fundamento, al igual que el Ser, son entendidos no desde su forma sustantiva, sino como verbos, razón por la cual Heidegger acaba pensando el Ser en términos de “acontecimiento” (*Ereignis*).

Todo ello conduce a una interpretación de Laclau en la que el individuo siempre “es-en-el-mundo” (*in-der-Welt-sein*), señalando el claro paralelismo que existe entre el concepto de “discurso” con el que trabaja Laclau en su obra *Hegemonía y estrategia socialista* y en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, con el “mundo” (*die Welt*) heideggeriano, el horizonte —fruto de un estado interpretativo previo fundado sobre la necesaria existencia de un “haber-previo”— en el que se enmarca todo significado. Conforme a esto se hace inteligible que

Laclau abandone el término de “discurso” para hablar, en *La razón populista*, de “sistema estable de significación”.

Como bien sabemos, Laclau, desde un punto de vista hermenéutico, rechaza la posibilidad de alcanzar un punto de vista universal, una perspectiva divina de las cosas. Pues bien, desde la interpretación de Marchart, esto nos permite enmarcar el pensamiento de Laclau en una tradición heideggeriana que, utilizando la expresión foucaultiana, consiste en hacer “ontología del presente” u “ontología de nosotros mismos”.

Para defender su tesis interpretativa, Marchart muestra que Laclau, a diferencia de la tradición metafísica, sí que habría vislumbrado la “diferencia” (*Unter-Schied*) entre el ser (*Sein*) y el ente (*das Seiende*). Como sabemos, Heidegger se refiere a la metafísica como un pensamiento que no ha pensado la diferencia *en cuanto diferencia*. De esta manera, Heidegger se propone sustituir la “pregunta rectora” (*Leitfrage*) de la metafísica, que se pregunta solamente por los entes, por la “pregunta fundante” (*Grundfrage*), que sí que se preguntaría por el Ser y su relación con el fundamento. Así pues, Marchart ha de mostrar que Laclau lleva a cabo la pregunta fundante.

Para ello, Marchart nos muestra la diferencia entre el antagonismo de Laclau y aquel que podemos encontrar en el marxismo, en la genealogía foucaultiana, en el modelo erístico de Stiegler y, por último, en la “stasiología” de Loraux. Tal y como establece Marchart, estos autores “representan lo que constituye una extendida confusión de la conflictiva naturaleza del ser social, una cierta reificación del antagonismo” (p. 64). Mientras que en estos autores el antagonismo se da entre realidades objetivas ya dadas, dibujándose como una “oposición real”, Laclau entiende que el antagonismo constituye el límite de toda objetividad, que se muestra como contingente y no como necesaria.

Conforme a ello, la interpretación que hace Marchart del antagonismo de Laclau encontraría su precedente —al que Marchart no presta atención— en Koselleck. En *Histórica y hermenéutica*, Reinhart Koselleck defiende que del análisis existencial del *Dasein* que encontramos en *Ser y tiempo* se pueden extraer una serie de determinaciones a partir de las cuales generar una Histórica, que define como “la doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias” (R. Koselleck, *Histórica y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, p. 70). Entre tales determinaciones, Koselleck incluye “la contraposición entre ‘interior’ y ‘exterior’, que constituye la espacialidad histórica” (p. 77). Esto no vendría sino a mostrar que “todo *Dasein* histórico está dividido en un espacio interior y un espacio exterior. No hay ninguna unidad de acción social o política que no se constituya delimitando otras unidades de acción” (p. 77). Todo esto no puede ser esbozado más que desde un pensamiento que hace suya la diferencia ontológica y la aplica al campo de lo social.

La similitud entre Laclau y Koselleck, fundamental para entender la manera mediante la cual el autor argentino conceptualiza el antagonismo,

se plasma claramente en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, cuando Laclau afirma que:

En el antagonismo tal como lo concebimos nos encontramos, por el contrario, con un “exterior constitutivo”. Es un “exterior” que *bloquea* la identidad del “interior” (y que es a la vez, sin embargo, la condición de su constitución). En el caso del antagonismo la negación no procede de “interior” de la propia identidad sino que viene en su sentido más radical, *del exterior*, en tal sentido es pura facticidad que no puede ser reconducida a ninguna racionalidad subyacente. (Ernesto Laclau, *New Reflexions on the Revolution of our Time*, 1990, London, Verso, p. 17).

Esto es, el posfundacionalismo de Ernesto Laclau situaría el antagonismo en el nivel ontológico de lo social, siendo, por ende, uno de los nombres a partir de los cuales podemos experimentar al Ser. Desde una perspectiva tal, toda concepción del antagonismo que lo reduce a un mero conflicto entre realidades sociales se esboza como una concepción que olvida la diferencia ontológica. De esta manera, Laclau estaría llevando a cabo la pregunta fundante, lo cual demostraría la importante influencia que en él tiene el pensamiento heideggeriano, tal y como defiende Marchart.

Si Laclau se preguntaba por el populismo con la idea de que “el populismo es la vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal”, en *Thinking Antagonism*, Marchart le resta importancia al populismo para centrarse primordialmente en el antagonismo. Todo ello bajo la idea de que si el populismo le sirvió a Laclau para acercarse a “la constitución ontológica de lo político”, el antagonismo —elemento central de la lógica populista— le permitirá a Marchart ya no acercarse a tal constitución ontológica, sino más bien esbozar tal constitución ontológica, exponiendo por primera vez de manera sistemática la filosofía política de Ernesto Laclau.

246

Rubén Alepuz Cintas